

Saber vivir al pie
de un volcán

Michel
Onfray
SABIDURÍA

PAIDÓS

MICHEL ONFRAY

SABIDURÍA

Saber vivir al pie de un volcán

PAIDÓS Contextos

Título original: *Sagesse*, de Michel Onfray
Publicado originalmente en francés por Albin Michel/Flammarion

1.ª edición, febrero de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Michel Onfray y Albin Michel / Flammarion, 2019

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3786-4

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 230-2021

Impresión y encuadernación en Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Ser el dios de Plinio el Viejo. ¿Qué es vivir al pie de un volcán? . . . 11

PRIMERA PARTE

El sí mismo

1. Pensar	23
2. Existir	35
Intermedio 1. Panecio inventa el hombre romano	51
3. Sufrir	59
4. Envejecer	75
Intermedio 2. La lengua perforada de Cicerón	93
5. Suicidarse	105
6. Morir	125
Intermedio 3. El poema cínico de Lucrecio	141

SEGUNDA PARTE

Los otros

1. Engendrar	153
2. Hablar	171
Intermedio 4. La doble vida de Séneca	189
3. Amar	199
4. Amar	213
Intermedio 5. La santidad pagana de Plutarco	229
5. Vengar	235
6. Consolar	251
Intermedio 6. La pierna de Epicteto el cojo	267

TERCERA PARTE

El mundo

1. Poseer	275
2. Actuar	291
Intermedio 7. La dulzura cínica de Luciano	311
3. Reflexionar	319
4. Creer	331
Intermedio 8. La púrpura en la toga de Marco Aurelio	345
5. Contemplar	353
6. Reír	367
Intermedio 9. Celso, el último pagano	383
Conclusión. El gladio de Amazonia	393
Apéndice. Del buen uso de la Antigüedad	407
Bibliografía	427
Índice de fuentes	433

CAPÍTULO 1

Pensar

El maestro de retórica de Quintiliano *¿Qué es convertirse en discípulo?*

Estamos en el siglo II de nuestra era. El muchacho tiene dieciocho años. Es de sangre noble. Recibe una educación esmerada con los maestros más famosos. Frecuenta la corte. Se llama Marcus Annius Verus. Leamos una de sus cartas:

Quando mi padre regresó de las viñas a casa, yo, siguiendo mi costumbre, monté a caballo, me puse en marcha y avancé un poco. Y hete aquí que, en medio del camino, había muchas ovejas apiñadas, como suele ocurrir en lugares muy reducidos, con cuatro perros y dos pastores, nada más. Entonces, uno de los pastores, dirigiéndose al otro, al ver llegar a aquellos hombres a caballo, dijo: «Cuidado con esos jinetes, porque suelen hacer las peores rapiñas». En cuanto oigo eso, espoleo mi caballo y arremeto contra el rebaño. Las ovejas, asustadas, se dispersan; corren cada cual por su lado, balando y huyendo en desbandada. El pastor me lanza su cayado y este va a dar contra el jinete que me sigue. Los dos huimos. De esta forma, el que temía perder una oveja perdió su cayado. ¿Crees que es una historia inventada? No, lo que te cuento es un hecho real (II, 16).

A primera vista, este joven parece un hijo de buena familia que, seguro de su impunidad, maltrata a la gente humilde para divertirse, cosa que es propia de su edad.

El joven que esto escribe es Marco Aurelio, dirigiéndose a uno de sus preceptores, Frontón. El joven César sale a cazar jabalíes, monta a caballo durante horas. Cuando tenía algunos años menos se dedicaba a ese extraño juego que consiste en dar a las codornices golpecitos en la cabeza.

En la *Historia Augusta*, leemos lo siguiente sobre Marco Aurelio:

Le gustaba el pugilato, la lucha, la carrera y cazar pájaros; era muy hábil en la pelota y en la caza. Pero la afición a la filosofía lo apartó de todas estas diversiones y le dio mucha gravedad, aunque sin hacerle perder el placer del trato con los amigos e incluso con personas a las que no conocía tanto. Era sobrio sin ostentación, bueno sin debilidad y grave sin caer en la tristeza (IV).

Marco Aurelio conoció a Diogneto, un filósofo estoico que provocó un cambio en su vida: el joven quedó transformado y su vida tomó otro rumbo. En sus *Pensamientos para mí mismo*, el emperador-filósofo rinde homenaje a este filósofo en los siguientes términos:

De Diogneto he aprendido a evitar las futilidades; a no creer en las palabras de charlatanes y hechiceros que pretenden alejar a los demonios con sus conjuros y con otras cosas del mismo jaez; a no excitarme con el juego de las codornices y con otras bagatelas; a soportar las opiniones de los demás cuando son sinceras; a familiarizarme con la filosofía teniendo por maestros primero a Baquino [un filósofo platónico] y luego a Tandasio y a Marciano [otros dos filósofos desconocidos]; a escribir diálogos desde muy niño; a acostumbrarme al camastro cubierto de piel y, en fin, a las prácticas y disciplinas propias de un verdadero filósofo griego (I, 6).

La historia de la filosofía está llena de ese tipo de encuentros a los que, a falta de una denominación mejor, se suele calificar de *conversión*, término que el cristianismo ha marcado definitivamente con su sello. En ellos confluyen un joven que no sabe nada y un hombre hecho y derecho que sabe más. En Grecia, esta es una relación pederástica, y sabemos que Sócrates fue un adepto carnal de tales relaciones, hasta el punto de que ha dado lugar a la palabra *socratiser*, la cual muestra cómo el pensamiento de las Ideas puras se desviaba entre los antiguos griegos para pasar por el cuerpo de los efebos.

Entre los romanos no hay nada de eso, al menos oficialmente y desde luego no en el terreno de la filosofía. La relación entre un maestro y su discípulo supone una iniciación meramente intelectual y afectiva a través de la cual el ignorante accede a los medios para dejar de serlo.

Roma adora las palabras y se las toma en serio. Por eso no frivoliza con los filósofos. Sería un error creer que no aprecia la filosofía, pues lo que desprecia en algunos de sus practicantes es su delirio verbal, el carácter inhabitable de sus castillos conceptuales en el aire.

Galeno, por ejemplo, que fue el médico de varios emperadores, afirma en *Sobre el pronóstico* (I, 15) que los romanos consideran la filosofía griega igual de útil que el arte de hacer agujeros en los granos de trigo. Se reafirma en ello cuando escribe que, en la casa de un romano adinerado, la presencia de un filósofo es simplemente signo de su estatus. A él no se le pedirán tratados de filosofía; solo se le requerirá que eche una ojeada a la perrita de la señora, que está enferma y a punto de parir. Con el mismo espíritu, Varrón escribe en sus monumentales *Sátiras menipeas*: «No hay una sola divagación de enfermo que no encontremos en boca de algún filósofo» (122). Son malos tiempos para los filósofos.

En su *Historia natural* (XIII, XXVII), Plinio el Viejo cuenta que, cuando estaba arando sus tierras en la colina del Janículo, un hombre descubrió el ataúd de Numa, rey de Roma, y que dentro había unos libros en forma de rollos de papiro que se habían conservado gracias a la cera y a la madera de tuya. Entre esos tesoros había unos escritos pitagóricos, que fueron quemados por orden del pretor. Porque no se quería que las divagaciones filosóficas de Pitágoras sobre la metemempsicosis y la metempsicosis pudiesen llegar a contaminar una ciudad que solo creía en la religión civil y cívica.

Justamente porque el verbo era algo muy apreciado por los romanos, Calígula solía dar unas fiestas siniestras durante las cuales organizaba, como en aquella de Lyon, «un concurso de elocuencia griega y latina, en el que, según cuentan, los vencidos tuvieron que ofrecer recompensas a los vencedores y componer además alabanzas en su honor. También dicen que los candidatos menos exitosos recibían la orden de borrar sus escritos usando una esponja o su propia lengua, a menos que prefiriesen unos palmetazos o una zambullida en el río más cercano» (Suetonio, *Vida de Calígula*, XX). Calígula insultó al consulado, al Senado y a muchos senadores, profirió injurias contra las leyes, el derecho, la moral, la ciudad, el poder de los padres; se acostaba con sus hermanas, mandaba ejecutar a los próceres del Estado por mero capricho, nombraba cónsul a su caballo, le hacía beber piedras preciosas diluidas en vinagre, un día mató al sacrificador del toro en vez de al animal, etc. Si humilla el arte retórico es porque sabe que en el Imperio romano es algo muy apreciado: permite formar al hombre romano, que es un ser de conocimiento y de cultura, de verbo y de decoro.

En el siglo I de nuestra era, el famoso rétor Quintiliano, que también fue un prestigioso profesor de elocuencia y un abogado estrella, llevó a lo

más alto ese arte retórico, que en Grecia no era más que un artificio para formar sofistas, es decir, gente para la cual el fondo tenía poca importancia y que solo valoraba la forma, porque les permitía seducir al auditorio para obtener una ventaja contante y sonante.

El profesor de retórica que enseña en Roma considera que «la filosofía se ha convertido en algo al alcance de cualquiera. Ningún hombre, por perverso que sea, deja de discurrir sobre la moral», escribe en la introducción a *Sobre la formación del orador*, que se ha traducido durante mucho tiempo por *Instituciones oratorias*. Los filósofos se apoderaron del arte de la retórica para defender ideas falsas. Hay que devolver a la retórica su verdadero poder y su función primitiva, que consiste en construir bien el pensamiento. Es el discurso de un método.

¿Cuál es el ideal de Quintiliano? «Que el orador pueda ser llamado verdaderamente sabio. Lo cual no solo significa que sea irreprochable en sus costumbres, cosa que contrariamente a lo que muchos dicen no me parece suficiente, sino que además ha de ser experto en todas las ciencias y en todos los géneros de elocuencia. Semejante ideal jamás podrá hacerse realidad. Pero ¿debemos por ello dejar de aspirar a la perfección? ¿No es a lo que aspiraban la mayoría de los antiguos que, aun reconociendo que todavía no se había encontrado un verdadero sabio, nos dejaron unos preceptos sobre la sabiduría? No, la elocuencia perfecta no es una quimera; es algo muy real y nada impide al espíritu humano alcanzarla. Y si no se consigue, aquellos que con empeño aspiren a alcanzar la cumbre llegarán mucho más alto que los que, descorazonados de antemano por su propia impotencia, se detengan en los primeros pasos» (ibíd.). Quintiliano se propone explicar qué es el arte de la retórica, no sin antes haber afirmado que el arte no basta y que se necesita el talento de quien lo practica.

Sobre la formación del orador es un manual de educación del niño desde que nace, pues Quintiliano empieza su tratado con una serie de consideraciones sobre la elección de las nodrizas y de los preceptores. Es decir que, según él, el pensar se prepara desde muy pronto con un dispositivo banal, pero sobre el que hay que insistir en nuestra época y que implica a un adulto que sabe y a un niño que no sabe. En otras palabras: a un maestro y a un discípulo.

El rétor afirma que no se puede pensar sin aprender a pensar y que no se aprende fuera de una relación que implica a un instructor —en el sentido etimológico, el que instruye— y a un educando, es decir, a un ser al que se educa. Se trata, pues, de crear a un ser al que se educa. Quintiliano explica cómo ha de ser la relación entre instructor y edu-

cando. El maestro, en primer lugar, debe ser una persona irreprochable. No se dice claramente, pero no debe haber entre él y su alumno nada de lo que une al *erastés* con el *erómenos*, es decir, al adulto con el niño, implicados en Grecia en una relación sexual —digámoslo claramente— de pederastia.

El maestro es moralmente irreprochable. La relación con sus discípulos es la de un padre. Debe carecer de vicios y no tolerar ninguno; debe ser amable, pero no débil, pues la excesiva amabilidad produciría desprecio, y la debilidad, odio; manifestará una austeridad que evite la rudeza; procurará dar «pequeñas lecciones de moral» (II, 2) para prevenir y no tener que castigar; desconocerá la cólera; no dejará pasar nada; sabrá despertar la conciencia; «simple en la enseñanza, laborioso y exacto pero sin ser demasiado exigente, responderá de buen grado a las preguntas y hasta se complacerá en provocarlas» (ibíd.); evitará hacer a su discípulo demasiados reproches y demasiados cumplidos; pasará por alto la injuria, la agresividad o el desprecio hacia él, evidentemente; cada día dará lo que podríamos llamar lecciones de moral práctica; evitará la demagogia, «pues un maestro no debe hablar al gusto de sus alumnos, sino estos al gusto del maestro» (ibíd.).

Este retrato del maestro va acompañado de un retrato del alumno: este no manifestará ruidosamente sus sentimientos; esperará el juicio y la opinión del maestro; y no se moverá libremente por el aula. Hoy diríamos que el niño no debe ser el rey, pues no es el centro del mundo.

Al final de su recorrido pedagógico, Quintiliano aborda la cuestión de la filosofía. Lo hace como un romano, considerando que el orador, para ser un hombre de bien, debe conocer la naturaleza de las cosas, la realidad del mundo, y que, para este trabajo, no hay nada mejor que estudiar la filosofía, a condición de que ella misma haya estudiado la retórica, es decir, que haya seguido las reglas de la construcción racional y no se haya sometido únicamente a su propia autoridad, como entre los griegos.

Quintiliano se declara partidario de Cicerón, para quien «la elocuencia se extrae de las fuentes más profundas de la sabiduría, y por eso durante algún tiempo los mismos hombres enseñaron tanto a vivir bien como a hablar bien» (XII, 2). Pues, para un romano, hablar bien sin saber vivir bien no tiene sentido; como tampoco lo tendría tener buenos modales sin saber hablar bien.

Mas no se trata de convertirse en filósofo, y aquí vemos hasta qué punto Roma desprecia la filosofía en sí, practicada como una especie de

arte por el arte: «No conozco ningún tipo de vida más opuesto a los deberes del ciudadano y a las funciones del orador», escribe, ¡que el oficio de filósofo! Quintiliano, al igual que Galeno y Varrón, no tiene en muy alta estima esa disciplina mientras siga siendo el arte de hacer agujeros en un grano de trigo, cosa que él también denomina «discutir ociosamente a la sombra» (ibíd.).

En cambio, si la filosofía sirve para construir un razonamiento recto que permita establecer un juicio recto destinado a una vida recta, entonces puede recurrirse a ella, pero solo cuando esté al servicio de un proyecto de existencia cívica: se trata de producir un buen romano y, más a largo plazo, un buen jefe de Estado. En la dedicatoria a Marcelo Victorio que abre su libro más importante, Quintiliano escribe:

El hombre que puede realmente desempeñar su papel de ciudadano y que es capaz de administrar los asuntos públicos y privados, el hombre que tiene las aptitudes necesarias para dirigir la ciudad con sus consejos, para darle un fundamento con leyes, para reformarla con sus decisiones en materia de justicia, ese hombre, evidentemente, solo puede ser el orador.

¿Hay que inspirarse en los epicúreos? No, porque desprecian cualquier doctrina. ¿En los cirenaicos? Imposible, ya que para ellos el placer es el bien supremo. ¿En los escépticos? ¡Vaya idea! Ven ilusiones por doquier y no ven en parte alguna la verdad. ¿En los platónicos? Es cierto que emplean un método dialéctico que presenta los pros y los contras, contribuyendo así a formar el arte de la oratoria. ¿En los aristotélicos? Son, en efecto, los que han reflexionado sobre el arte de la oratoria. ¿Y los estoicos? Ellos mismos dicen «no tener rivales en cuanto a la fuerza de las demostraciones y la rigurosa exactitud de las consecuencias» (ibíd.). ¿Entonces?

En realidad, el orador no será partidario de ninguna secta. Perseguirá los modelos más bellos y los buscará donde se encuentren. En materia de virtud, también optará por las ideas que le permitan realizarse con más seguridad.

Ahora bien, ¿hay alguna materia más imponente y más rica que tener que hablar sobre la virtud, sobre el gobierno, sobre la Providencia, sobre el origen del alma, sobre la amistad? Procurad, pues, elevar vuestro espíritu, ensanchar vuestro estilo, aplicaros a conocer lo que constituye el verdadero bien, cómo librarse de los vanos terrores, qué es lo que pone freno a nuestras pasiones, qué nos libra de los prejuicios vulgares, qué es digno, en fin,

de la parte inmaterial que vive en nosotros. Y no os limitéis a debatir esas altas cuestiones; esforzados más bien en conocer y meditar las palabras y las acciones memorables que nos ha legado la Antigüedad (ibíd.).

Quintiliano invita a leer a los historiadores, los memorialistas y los cronistas, siempre que sean romanos. ¿Por qué? «Los griegos son poderosos en preceptos, pero los romanos, y esto es mucho más importante, lo son en ejemplos» (ibíd.). Todo está dicho aquí, porque aquí todo es verdad. Que Atenas destaca en teorizar la virtud, pero Roma brilla en su práctica: he aquí lo que resume perfectamente la tensión entre el Partenón y el Foro.

Roma aprende a hablar el lenguaje de la virtud para ponerlo en práctica. Quintiliano quiere fabricar a un orador para que vaya más allá de las palabras y encarne la vida filosófica. Por eso la filosofía no puede ser una sofística de tipo griego, porque es una retórica de tipo latino. Para hacer un romano es necesaria la virtud; para hacer la virtud es necesario un romano; para hacer la virtud romana o la Roma virtuosa es necesario un filósofo formado en la escuela de la retórica. Esta disciplina enseña a pensar bien para actuar bien y comportarse bien. Quintiliano podría afirmar que propone una especie de *cogito*, que podríamos formular así: hablo luego existo.

Quintiliano dedica un capítulo de *Sobre la formación del orador* a la claridad en la exposición de las ideas. Él, que fue hombre de confianza y amigo de Plinio el Viejo, maestro de Plinio el Joven y probable profesor de Tácito, escribe cosas sobre este tema y sobre otros muchos que siguen vigentes a lo largo de los siglos.

¿Por ejemplo? Pues por ejemplo el hecho de que la oscuridad es un defecto tan antiguo como los hombres que se expresan. Quintiliano la rastrea en el uso de palabras arcaicas, de giros gastados, de fórmulas en desuso. También la denuncia en el empleo de vocabulario técnico o especializado.

Señala igualmente que la oscuridad puede deberse a periodos demasiado largos y a incisos efectuados en el cuerpo del texto bajo la forma de paréntesis. La mente no puede seguir una argumentación cuando la frase no respira o cuando sufre un sincopado por los propios paréntesis. Entonces el pensamiento no puede progresar. ¿Cómo orientarse en los meandros de un pensamiento que avanza a tientas? Si el propio autor no es claro, ¿cómo va el lector a comprender algo con claridad?

Quintiliano continúa su enumeración de las causas que hacen oscuro el discurso. Denuncia otra que es «la abundancia de palabras inútiles» (VII, 2). Se refiere en particular a los que «tienen tanto miedo de hablar como las personas corrientes que, para resultar elegantes, dan rodeos en torno a lo que no osan decir y se pierden en su verborrea. Cosiendo luego sus frases vacías y confundiéndolo todo, logran unos periodos interminables que pondrían en jaque al resuello más largo» (ibíd.). Son los que pecan por exceso.

Luego están, en el extremo opuesto, los que ni siquiera usan las palabras útiles y necesarias y, por lo tanto, resultan incomprensibles para sus interlocutores. Estos «partidarios de la brevedad a ultranza suprimen hasta las palabras más necesarias y, contentándose con entenderse ellos solos, no se cuidan de que los demás los entiendan» (ibíd.). Son los que se quedan cortos.

A lo cual añade: «Los hay incluso que se afanan en no ser entendidos. Y no es este vicio una aberración nueva, pues ya hallo en Tito Livio que cierto maestro enseñaba a sus discípulos a formular oscuramente lo que iban a decir, valiéndose de la expresión griega “ponedlo oscuro”. De ahí proviene sin duda aquella magnífica alabanza: “¡Tanto mejor!, ni siquiera yo lo entendí”» (ibíd.). Y además: «Está muy extendida la opinión de que se habla con elegancia y exquisitez cuando la oración necesita de intérprete; y hay oyentes que gustan de esto, deleitándose de haber penetrado el pensamiento del orador y quedando muy pagados de su ingenio, como si ellos hubieran inventado lo que oyeron» (ibíd.). A modo de conclusión, retengamos esta frase que hago mía: «Considero que todo discurso que exija un esfuerzo mental por parte de quien lo escucha es un discurso vano» (ibíd.).

Quintiliano expone al final de su análisis lo que hay que hacer para lograr la claridad. No debe dejarse en el aire lo que parece incomprensible; es preciso ir rápidamente al grano; procurar que en la expresión no falte ni sobre nada; buscar la sobriedad narrativa, la justeza tanto de lo que se dice como en lo dicho; de este modo «nuestro razonamiento tendrá la aprobación de los sabios y será inteligible para los ignorantes». Me gusta que se quiera abarcar a todos; hay que evitar el desorden y la confusión en lo expuesto; no debe uno embarcarse en largas e indigestas digresiones. «Hagamos todos los esfuerzos, no digo ya para que nos comprendan, sino para que sea imposible que no nos comprendan» (ibíd.).

Quintiliano tenía mala memoria; por eso elaboró un dispositivo retórico que fue un tesoro para Roma, por supuesto, pero también para el

Occidente cristiano hasta que la vociferación se impuso y suplantó las reglas elementales de la construcción de un discurso.

Para filosofar, hace falta una relación entre un maestro y un discípulo, entre un individuo que sabe y otro que no sabe. Nuestra época igualitarista confunde la desigualdad con la diferencia. No quiere que uno pueda saber cuando el otro sabe menos, sabe poco, sabe de forma distinta, o no sabe nada de nada. Ha decidido que el tullido y el campeón olímpico deben ser iguales en la línea de salida, que el ciego y el vidente son iguales cuando miran a través de un telescopio astronómico, que el daltónico y el que no lo es son iguales frente a los colores de una gama pantone, que el viejo decrepito es igual que el joven entrenado cuando se trata de escalar una montaña, que el sordo de nacimiento es igual que el ingeniero acústico una noche de concierto; considera, pues, que el niño que llora en la cuna es igual que el pediatra que lo cuida, piensa que en la escuela el niño es igual que su maestro, y a veces invierte por completo los valores, hasta el punto de considerar que el alumno sabe más que el enseñante, lo cual obligaría al que sabe a aprender del que no sabe.

En esta configuración hay que pensar la relación entre maestro y discípulo. Es decir: entre un sujeto que ha aprendido, que sabe, que conoce, que está informado, que tiene experiencia, y otro que no ha aprendido, no sabe, no conoce, no está informado y no tiene experiencia.

Hay que tener toda la sofística de los hombres desnortados para pensar que un polluelo en el nido puede dar lecciones a sus padres, provistos siempre con las enseñanzas que sus propios padres les transmitieron. Nuestra época, tan dada a animalizar a los hombres y a humanizar a los animales, es incapaz de asumir las lecciones que nos da la naturaleza: en ninguna especie del reino animal, del que nosotros formamos parte, la prole es maestra de sus progenitores; en ningún momento el niño es maestro de sus padres.

Por lo tanto, hace falta un maestro. Ciertamente, esta es una palabra prohibida porque enseguida se la asocia a una relación de dominación y servidumbre. Pero hay maestros buenos y maestros malos. Lo cual no condena a todos los maestros, sino solo un uso concreto de dicha función.

¿Cuál? El destinado a la opresión, al sometimiento y a la domesticación de un ser por parte de otro. El mal maestro es el educador que basa su pedagogía en el aprendizaje de la esclavitud y la dominación. El mal maestro trabaja para que su alumno no pueda emanciparse: quiere la servidumbre de un descerebrado.

La filosofía exige un maestro. No como los loros, que cantan sin cesar la misma canción que su domesticador. Ni como los ventrílocuos, que escriben, piensan y hablan como su maestro, hasta el punto de que uno siente vergüenza ajena cuando los lee, porque sus libros parecen plagios en el fondo, la forma, las palabras, el estilo y el tono de aquel al que emulan sin parar.

A menos que aspire a ser el gurú de una secta, el buen maestro no desea que sus discípulos sean ventrílocuos, sino que se emancipen. Permite trazar una cartografía del mundo, dibuja mapas de la realidad, levanta planos topográficos de lo existente; lleva, por tanto, al conocimiento del ignorante lo que él sí sabe porque lo ha aprendido de otro.

Cartógrafo, geógrafo y topógrafo, el maestro describe: aquí la llanura, allí el pantano, más allá el bosque, en tal sitio el abismo y el precipicio, ahí el foso, más lejos las fieras y las serpientes venenosas, en tal otro sitio la arena sin alacrán. Representa los caminos, las vías, las sendas, los senderos, las carreteras, los pasos; también nombra los callejones sin salida, las calles que no llevan a ninguna parte; enseña los puertos, los refugios, las cabañas, los cobijos; cuenta los lugares peligrosos, los sitios inciertos, las zonas prohibidas, los barrios sospechosos.

Luego, una vez realizado este trabajo, pone el plano topográfico en manos del viajero y le explica dónde están los cuatro puntos cardinales. Le da una brújula: indica el norte. Le ha explicado qué rutas se pueden seguir y qué caminos se pueden recorrer.

Invita entonces al discípulo a emprender su camino, a decidir solo sus desplazamientos y a hacer su propio viaje, y no el que en otro tiempo y en otras circunstancias hizo él en el pasado.

No se vive la vida de los demás, como tampoco se puede leer por otro, comer por él, gozar, sufrir o morir por él. Así pues, no es posible viajar por el prójimo, ni vivir una vida vicaria, por él y en su lugar.

El buen maestro no te invita a que vivas su vida, a que dupliques su existencia, a que lo copies o lo imites, a que vivas calcando un modelo ya utilizado. Quiere que lo sigas desembarazándote de él, porque lo que hay que seguir es el método que enseña a construirse uno mismo de forma autónoma e independiente.

*

Lo más sencillo es buscar en la filosofía antigua. Pues, aparte de algunos poderosos textos técnicos, el *Parménides* o el *Timeo* de Platón, la *Metafísica* o la *Física* de Aristóteles, las *Enéadas* de Plotino (todos textos griegos), los estoicos y los epicúreos romanos nos proporcionan las obras

más importantes entre aquellas susceptibles de dirigir una existencia. Cicerón y Marco Aurelio, Séneca y Lucrecio, Plutarco y Epicteto, por citar solo algunos, aportan el contingente más significativo de obras existenciales. La obra de Panecio se ha perdido; la de Luciano de Samósata es distraída; la de Celso refleja el final de un mundo...

Estas obras pueden acompañar toda una vida.* Hay que leerlas con la pluma en la mano, anotarlas, resumirlas, ponerlas en fichas, comentarlas para uno mismo, a la manera del emperador Marco Aurelio, que escribía sus *Pensamientos para mí mismo* en su tienda de campaña. Después, leer de vez en cuando lo que uno ha escrito y comentarlo una y otra vez. Y, finalmente, examinar la propia vida a la luz de las sabidurías antiguas para poder iluminarla en nuestro afán de comprenderla y de construirla mejor.

Es evidente que lo ideal habría sido un maestro real, de carne y hueso. Sin duda existe, pero no es frecuente. Y es mejor así. Ese maestro no necesita haber leído y ser un erudito, haber escrito libros y haber dado conferencias, ser un cúmulo de ciencia y tener muchos títulos; le basta con ser un pozo de sabiduría práctica en su propia vida. El ser más estoico que he conocido no había leído a los estoicos e ignoraba hasta sus nombres: era mi padre.

* Nueve intermedios distribuidos entre los dieciocho capítulos de este libro constituyen otros tantos retratos de estos filósofos existenciales. Van seguidos de los textos de estos pensadores que más se prestan a ser meditados desde la perspectiva de una sabiduría contemporánea.